

fue muy lista y apenas se enteró que su padre se entendía con una sirvienta jovencita, una noche de invierno, subrepticiamente se introdujo en su cuarto y cerró la llave del calentador de gas, para, después de cerciorarse que todo estaba bien sellado y ella profundamente dormida, abrirla de nuevo y salir sigilosamente. Afortunadamente su "papito" regresó antes del amanecer, de vuelta de otra de sus inacabables parrandas y antes de irse a dormir, se le ocurrió asomar la nariz en el cuarto de la fámula logrando salvarla después de romper los vidrios de la ventana, cerrar el gas y despertar de su sueño mortal a la pobre y asustada criadita.

Atando cabos el padre de Tenchita se dio cuenta de la perversidad de su hija, pero calló para no perjudicarla, luego el chisme se supo porque la muchacha se encargó de divulgarlo en las casas posteriores donde trabajó.

Aquella pobre enferma que después, gracias a las "combinaciones financieras e intereses mutuos" casó con don Torticio, era una pobre alma torturada, que en lugar de curarse, gozaba haciendo el mal o provocándolo a los demás.

Tenchita era la primera asistente a cualquier junta o reunión, no se perdía una pues ella vivía y se nutría del chisme y la maledicencia. En las ocasiones que se pedía alguna cantidad para colaborar en obra de caridad determinada, siempre se las ingeniaba para, al pasar la colecta, irse al baño o simplemente desaparecer. En otras festividades o meriendas que eran de colaboración forzosa, procuraba engullir cuanta confitura, sandwich, botanita, pastelito, etc., le cupieran en su abultado estómago. Ella quería a toda costa desquitar el importe del dinero que había aportado. La rana aquella, además era una avara. . .

*"Allí en duda has de poner
la castidad del beato,
la mansedumbre del gato,
la virtud de la mujer".*

*"Allí todo es falsedad.
'Vanidad de vanidades'
allí abundan las nulidades
rellenas de vanidad".*

ANTONIO PLAZA

— III —

*"El carnaval del mundo engaña tanto,
que nuestras vidas son breves mascaradas.
Aquí aprendemos a reír con llanto
y también a llorar con carcajadas".*

GARRICK (Peza)

Ricardo de Velasco, flamante presidente, estaba por vez primera encabezando una Junta de Consultores. Trataba de ocultar su nerviosismo fumando con fruición un cigarrillo, asiéndolo con sus dedos fuertemente, hasta casi destrozarlo. Estaba sentado a la cabecera de la amplia mesa de conferencias, confeccionada de finas maderas con incrustaciones de concha nácar; el butacón de piel, que tanto había anhelado secretamente, recibía los impactos nerviosos en su silencioso muelleo. A sus lados los señores consultores, con sus cuadernos llenos de apuntes, sorbían y saboreaban el exquisito café brasileño que despedía un aromático olor a selvas perfumadas. Con displicencia y elegancia arrojaban las cenizas de sus cigarros y puros en los grandes y redondos ceniceros de cristal cortado.

Ruperto Quintanar, con sus ojos lacrimosos de beodo, estaba situado a la derecha de Ricardo, prendiendo con su encendedor de oro, que lucía sus iniciales en incrustaciones de brillantes, un cigarrillo turco de los que le traían exclusivamente del extranjero; su labio leporino sostenía, temblequeando, una pitillera de platino, mientras aspiraba el dulce tabaco. A su lado, destacaba la cara seria, imperturbable y un tanto fría del arquitecto Marcelo Argüelles; enfrente de ellos, don Torticio del Olivar, Aurelio R. Calvo y el licenciado Alejandro de Montellano; a la izquierda de Ricardo, poniendo en orden los papeles, el secretario Jorge Mendieta. Todos circunspectos, solemnes, como si lo que fueran a tratar viniera a afectar o a beneficiar directamente al mundo entero.

A una señal de Ricardo, Jorge Mendieta empezó a dar lectura al acta anterior de la última junta celebrada por su antecesor el pomposo don Torticio del Olivar, quien estaba muy atento a las palabras del secretario, por si pudiera cometer algún error, ya que en su interior se sentía desposeído, más bien despojado de su puesto de presidente que había ocupado por un solo año y que ya había considerado como propio y perpetuo. Pensaba para sus adentros no cejar un ápice en la mayor parte de los proyectos que, por razón del breve tiempo, había dejado pendientes y estaba dispuesto a darle la guerra al intruso obstaculizándolo en sus nuevas labores. Torticio era un enemigo perverso y peligroso y en lo personal no había sido de opinión —cuando se celebró el cónclave para elegir su sucesor— que lo sucediera Ricardo. Es más, no hubiera querido que fuera concretamente nadie, ya que en su yo interno quería continuar en su reinado de mierda.

Ricardo, disimuladamente lo observaba de reojo presintiendo el peligro y pensando —este viejo cabrón me va a dar mucha lata, no me va a dejar trabajar y me tratará de “meter zancadilla” a cada instante.—

Cuando el secretario dio por terminada la lectura, de inmediato don Torticio pidió el uso de la palabra y en tono calmado y ampuloso empezó a referirse, desde luego, a su gestión anterior, haciendo saber que: —debería hacerse un

examen ético de las cosas que pensamos, decimos, hacemos; pensar en los hombres que desarrollaron programas, aportaron ideas por un ideal de servicio y hacer entrega de uno mismo con el fin de conseguirlo; nuestro sacrificio no será estéril si es para ayudar a los demás, tenemos por ejemplo un lema, una idea que yo propuse y que por desgracia se quedó en el tintero, me refiero a esta frase que, modestia aparte, me parece filosófica, porque ha sido arrancada de las entrañas mismas de la humanidad:

- 1o. Primero, piensa para los demás.
- 2o. Después, piensa para tí.

yo considero, estimados señores consultores, que este axioma debe de aprobarse para que vaya inscrito en nuestros papeles oficiales de correspondencia, como un noble mensaje al mundo de nuestro Club de la Cofradía. Comprendo que algunas de las obras materiales que dejé inconclusas, van a costar discusiones y sobre todo, señores, dinero y este pensamiento no le va a costar nada al club, yo se los regalo. . . — terminó así, cerrando melosamente sus ojillos penetrantes.

Ricardo de inmediato reflexionó: —este viejo hijo de la tiznada cree que fue el que apagó la vela a. . . suspiros: milagro que no le dio un síncope al parir su “originalidad”—.

Don Torticio, —habló Ricardo dándole trato de usted, pues este club tenía la característica particularidad de ser el único en su género en que los socios no se tuteaban, sino que a cada quien de acuerdo con su edad, mérito, rango, posición económica, títulos, etc., se le daba el trato de usted—. —Don Torticio, repitió Ricardo, tratando desesperadamente de reflexionar sobre las palabras que iba a decir, yo estoy y debo ser el primero en estar de acuerdo en apoyar y brindar difusión a su ingeniosa y feliz frase—. Al decir esto, que no le agradaba, que era una perfecta hipocresía y que constituía su primera derrota, sentía dentro de sí, furia y amargura a la vez.— Estimados señores consultores, yo considero, —continuó Ricardo— que inspiraciones provenientes de cerebros privilegiados, frases debidas a la paciente elaboración mental, como en el caso que nos ocupa, de la genial creación de don

Torticio, considero, repito, que por su gran contenido ético, humano y filosófico, debe de quedar inscrita no solamente en nuestros papeles oficiales de correspondencia interna, sino a mi juicio, estas palabras tan sabias, deben de quedar, justo es apuntarlo, con el nombre del autor, perpetuamente esculpidas en oro en una placa que develaremos en ocasión especial y la cual colocaremos en el centro del salón de trofeos de nuestro edificio, como un ejemplo para las generaciones venideras, del filantrópico talento de los que como don Torticio, nos antecedieron, para darle lustre y categoría al club de la Cofradía—. Ricardo se sentía atolondrado, avergonzado, no sabía, a ciencia cierta, porqué había obrado hablando tan descomedidamente, tan insinceramente, aunque allá en el último rincón de su cerebro, sabía que vendría a ablandar de una vez por todas al áspid que tenía enfrente.

Don Torticio sonrió entre ruborizado y complacido. ¡Guay si Ricardo se hubiera atrevido a contrariarlo!

De inmediato, la voz tranquila del habilidoso y experimentado secretario, pidió que se sometiera el importante asunto a votación, ocasión en la cual don Torticio ejerció sus pequeños ojitos de víbora sobre todos los consultores, como un hábil y silencioso hipnotizador.

La votación fue inmediata y el resultado de aprobación unánime, acordándose que no solamente en los marbetes, sobres y papel de correspondencia apareciera impreso en letras doradas el inspirado lema, sino que al celebrarse la fecha de aniversario del club, se colocara la placa en el salón de trofeos. Acto continuo, todos los señores consultores se pusieron de pie, para tributar un aplauso al sumo hacedor de ideas.

Enseguida Ricardo, ya más sereno, se hizo dueño de la situación, pues la prueba de fuego había pasado al dominar a don Torticio, el más peligroso, dándole al viejo no solamente lo que él quería, sino premiándolo hasta la locura en su vanidad.

Brevemente, ya que había pasado un tiempo considerable, Ricardo propuso que como obra principal del año, se procediera a la construcción de una aula anexa a la Parro-

quia de El Caminante —construida por el club— con el objeto de que en esa área se diera doctrina a los niños pobres que rodeaban el lugar, así como también podría servir para salón de enseñanza primaria o kinder, sala de actos, lugar de reuniones, juntas y festejos y en fin, para satisfacer las más variadas necesidades de aquel lugar tan populoso. Apoyó su demanda en que el conocido Padre Jesús Martínez, que tan agradecido estaba con todos los miembros de La Cofradía, le había suplicado, urgiéndole, se hiciera esa obra que era una verdadera necesidad.

Puesto a consideración el punto a la asamblea, el consultor Ruperto Quintanar, con su gruesa voz aguardentosa, pidió que los demás apoyaran a Ricardo, pues creía y él sabía por conocer a fondo el sitio, que el aula o salón que se hiciera pegado a la Parroquia, sería un éxito, más si era posible agregarle en un espacio verde sobrante, un modesto campo para jugar basketbol o volibol.

El arquitecto Argüelles, fino, estirado, muy bien vestido, tomó la palabra, aprobando el proyecto y advirtiendo que el club estaba escaso de fondos y que una obra así fácilmente rebasaría el medio millón de pesos, por lo cual quizá resultaría muy gravoso para los socios, ya que de acuerdo con los estatutos, a pesar de las ganancias que obtenían en el hotel y en el alquiler de los salones, estaba prohibido tocar de ello un solo centavo, pues el club debería resolver por sí solo, ser autosuficiente y financiarse autónomamente. Marcelo propuso que se pusiera en rifa alguna casa y que la utilidad se aplicara para la obra.—Podríamos financiarnos y adquirir una bella residencia con alberca, yo tengo algunas en proceso de construcción y será fácil darle una apariencia más suntuosa con poco costo; recuerdo que en años anteriores tuvimos mucho éxito y buenas utilidades con aquella mansión que rifamos en la Colonia Caracoles.—

Aurelio R. Calvo, terció diciendo: —yo creo señores que sería una buena idea la del arquitecto Argüelles, pues tenemos el resultado positivo de experiencias pasadas, pues la rifa de una casa es una buena esperanza para el que compra el boleto, es algo, pues, como psicológico. Si hacemos

una buena publicidad, pues las posibilidades de éxito serían mayores, aunque yo propongo, pues, una idea mía, que si aprobamos amueblar la finca u agregarle, pues, a la oferta un automóvil último modelo, pues el privilegio y la ganancia es segura. *Respeto* al automóvil, yo podría adquirirlo con buen descuento, pues a ese *respeto* (volvía a repetir *respeto*, en lugar de *respecto*) yo me considero que puedo sacar buen descuento de la distribuidora de carros, así pues, (otra vez el pues) señores, está en sus manos aprobarlo u no—. Así se expresaba y pensaba el antiguo y astuto cantinero, convertido, gracias a su innata habilidad comercial y a sus trampas —ya descubiertas— en sus negocios, en un próspero y rico industrial.

A casi todos les molestaba e irritaba no solamente la burda presencia física de aquel intruso, sino el tono bronco de su voz, sus groseras expresiones, su vestir chillante y desarmonizado, sus maneras vulgares y sobre todo esos gestos que iban acompañados por un fuerte, fastidioso y hasta insultante sorber de nariz, gestos con los cuales pretendía demostrar a todos su vigor y firmeza de carácter. Chocaba su apariencia tosca y repelente, sus ojillos de marrano y esa desenfadada verborrea, que denotaba altanería y seguridad en sí mismo, con desplantes de hombre de bien y actitudes teatrales de actor barato.

Jorge Mendieta lo odiaba en secreto y pensaba —si fuera más modesto este pendejo levantado, esta mierda rate-ra sin escrúpulos, quizá podría tolerársele, pero con esos aires de perdonavidas jamás llegará a ser presidente como tanto lo desea. Creo que vendería su alma por conseguirlo, pero me corto lo que más quiero, si este cabrón llega a serlo.— Naturalmente Jorge, secretario desde hacía muchos años en el club, —al igual que Lucita— conocía al dedillo a todos los integrantes de los directorios que entraban y salían. El a su vez había sido hijo de rico caído a menos y el trabajo que desempeñaba era precisamente por necesidad. Cuando niño, nacido en pañales de seda, supo saborear todos los pequeños y grandes placeres que proporciona el dinero, sus ropas impecables, sus caprichosas comidas, sus paseos y sobre todo

ese sentimiento de sentirse seguro e importante; pero todo esto —según se lamentaba así mismo— no lo había podido disfrutar a conciencia y plenamente, pues “un niño no sabe a ciencia cierta si es rico o pobre” —solía decir a sus íntimos—, la diferencia, el gran contraste se establece al entrar en la edad de la pubertad y se precisa más en la adolescencia, allí en ese cambio importante para el ser humano, es donde se resiente más un agravio, un desprecio, ya que todas las cosas humillantes se meten dentro, en los entresijos del cerebro, en el subconsciente y será un lastre, una advertencia, un alerta para el resto de nuestra vida, influyendo fuertemente en el carácter y comportamiento del hombre. Jorge de por sí era una persona amargada y él hacía esfuerzos sobrehumanos para disimularlo, trataba de mimetizarse, de pasar inadvertido, sin dejarse notar mucho, como esos bichos que se confunden con la maleza para evitar ser devorados por especies mayores. Por dentro sentía envidia, odio, coraje en contra de aquellos aparentes desocupados que jugaban al buen samaritano, que ostentaban ante el mundo, en grandes desplegados y enormes fotografías a colores, su artística y bien ensayada sonrisa frente al ropaje sucio y la mirada triste del favorecido; aquéllos que entregaban la llave de la guardería a un Alcalde falsamente obsequioso y al representante del barrio humilde entre fognazos de fotógrafos impacientes y el ríspido girar de las cámaras de televisión. Todo esto era parte de su mundo, de su obligación, de su trabajo y lo enojaba tremendamente, pero qué hacía, tenía que vivir y de hecho se mantenía de estos caballeros tan escrupulosamente vestidos de blanco y tan desconsideradamente sucios del alma.

Aquí, en esta selva, había sus raras excepciones, pero la regla general, inquebrantable, era saber sonreír, agacharse cuando fuese necesario, hacer caravanas y andar con los pies descalzos para no hacer ruido. La simulación, el halago, la muleta, el dolor fingido y la alegría no sentida, eran todo un arte que había necesidad de aprender bien, porque aquél que ostentara públicamente o en forma abierta salirse o desafiar los rigurosos convencionalismos sociales, estaba automática-

mente "out", fuera, proscrito, condenado al más cruel ostracismo —la ley del hielo— que se aplicaba con todo rigor y refinada crueldad. ¡Aquel individuo estaba muerto en vida, o sea liquidado socialmente, en una palabra, no calificado para obtener las utilidades propias de las relaciones humanas. . . !

Jorge conocía mucho de la historia del club. Recordaba que en la pequeña ciudad, había sido su fundador un pintoresco extranjero tremendamente audaz, de nombre Filippo Di Perugia, que ostentaba títulos de nobleza, pero que, según él, por modestia y sencillez jamás utilizaba. Di Perugia, era muy bien parecido, con un tono de lenguaje dulzón y encantador, bastante inteligente y un maestro en la fabricación de mosaicos, azulejos, y toda clase de materias relacionadas con la cerámica, teniendo una habilidad muy especial para el diseño, el dibujo y la decoración. Llegó a estos lugares, con el pretexto de buscar un barro de una contextura especial, el cual pensaba importar para sus fábricas de vidrio y cerámica en Europa.

Las principales familias le dieron cabida en sus hogares, impresionados por su porte distinguido, su abierto, desenvuelto y casi desenfadado modo de comportarse, su acento extranjero que al pronunciar nuestro idioma sonaba a música agradable al oído, sus maneras tan distinguidas y caballerosas, sus pláticas tan amenas e interesantes. En fin, el hombre era un transeúnte del mundo y una persona con tales antecedentes, simpática e inteligente, tenía por fuerza que cautivar y ser un fuerte imán ante la candidez de los honorables ciudadanos, trabajadores, progresistas, pero sencillos, que tenía la nueva ciudad.

En una de tantas ocasiones en que Di Perugia había sido invitado a una tertulia, aprovechando que se encontraba rodeado de "peces gordos" insinuó la posibilidad de quedarse una temporada en la ciudad a probar las excelencias del barro nativo, o instalar una fábrica para ver que resultados obtenía después de mezclarlo con las sustancias químicas que él tenía de fórmula secreta. Al unísono cuatro o cinco de los presentes se ofrecieron a aportar sus capitales para tener el

privilegio y la fortuna de ser socios del talentoso italiano. Así en forma indirecta nació el Club de la Cofradía pues al asociarse la crema y nata y tener la necesidad de juntarse periódicamente para sesionar, el propio Di Perugia que tenía contactos con los escasos y exclusivos clubes de otros países, logró, merced a sus influencias obtener la carta de legalización del Club de la Cofradía, que servía de asiento y vínculo de la recién formada sociedad de "Los Tulipanes de Oro". Di Perugia, por aclamación fue declarado el primer presidente del club. Fue un gran presidente que estableció los cimientos de un club prestigioso y perdurable y logró separar, radicalmente, el negocio del propio club. Así, la industria de la cerámica, quedó separada de la Cofradía, "para no confundir negocio con placer y caridad" solía decir Di Perugia.

Gracias a la visión del aventurero italiano, la sociedad adquirió grandes extensiones de terreno a precio ridículo en las orillas de la ciudad, en la zona más hermosa y arbolada y ahí se empezó a construir la fábrica. Algunos de los socios más maliciosos preguntaban a Di Perugia, a la sazón también presidente de la industria "Los Tulipanes de Oro", por qué instalaba la fábrica en ese lugar cuando lo lógico era que se construyera en el otro extremo de donde sacaban el barro, de unas grandes extensiones que tenían rentadas con promesa de compra, a lo que el italiano respondía que en esa forma se le daba valor a todos los rumbos de la ciudad y no a una sola zona, así como trabajo a más gente en beneficio de la colectividad.

Lo cierto es que la ciudad creció, prosperó, la industria cerámica fue un éxito que rebasó las fronteras con sus exportaciones y a iniciativa de Di Perugia se empezó a construir en sociedad aparte, el fastuoso hotel que iría a llevar el mismo nombre de la famosa industria.

Todo marchaba maravillosamente, cuando un buen día Di Perugia, pretextando que iría a comprar al extranjero nuevas instalaciones para agrandar la fábrica, armado de un buen fajo de títulos negociables, cheques de caja y valores en efectivo, abandonó la ciudad. . . para nunca jamás volver.

Muchos no comprendieron al aventurero italiano, pues sabían que su único vicio era el juego y presumieron, como otras veces lo había hecho, que se había ido a jugar a los grandes casinos, pues su situación era muy desahogada.

Nadie supo si jugó todo el dinero, si lo perdió, si lo mataron, si huyó a otras tierras arruinado y aburrido, o qué sucedió al fin con aquél pintoresco fundador, creador de riquezas, que ahora para recuerdo de la posteridad, permanece colgado en gigantesco retrato, en lugar de honor, impresionando a todos con su penetrante mirada y sellando los labios curiosos y comunicativos con su prolongado y misterioso silencio. . .

*“Todos quieren que su nombre
a los hombres envanezca,
y no hay hombre que merezca
llamarse siquiera hombre”.*

*“Que de aquella sociedad,
llena de lodo y materia,
es muy grande su miseria
y mayor su vanidad”.*

ANTONIO PLAZA

— IV —

*“Llaneza, Sancho,
llaneza. . .”*

DON QUIJOTE. (Cervantes)

Primer evento de relevancia social en el año de Ricardo fue la celebración tradicional del Certamen Poético. Valioso premio en efectivo para el primer lugar y regalos primorosos para el segundo y tercer lugares. En junta extraordinaria de consultores, se seleccionó el jurado que habría de calificar los trabajos literarios y poemas que de seguro abundarían —como así fue— en el certamen.

—Necesitamos publicar la convocatoria en todos los periódicos y darle la debida publicidad a este evento que por tantos años ha dado lustre y buen nombre a nuestro club, ya que, no solamente nos ocupamos de las cosas materiales, sino también de las del espíritu, pues, como ustedes saben, no solamente de pan vive el hombre— sonriendo, hablaba con su voz sonora, Ruperto Quintanar.

Ricardo, para sus adentros, comentaba —yo creo que Ruperto se refiere a las bebidas espirituosas y no precisamen-

